

Una nota sobre el ser y *lo redondo*

Gaston Bachelard en la obra de Peter Sloterdijk

Julio Moguel

Economista, Escritor, Doctor por la
Universidad de Tolouse, Francia



Peter Sloterdijk inicia su tríptico esferológico con las *burbujas (microesferas)*, idea desde la que pretende revisar historia y concepto del ser humano y de su “ser-en-el-mundo” en una perspectiva morfológica centrada en la noción bachelariana de “*lo redondo*”. El tomo I de su *Esferas*¹ compete al análisis de una “arqueología de lo íntimo”, en lo que significan y expresan “las situaciones tonales o las relaciones totales microclimáticas” en las que los hombres viven, se entrelazan y son² en un “mundo mágico, urdido de símbolos, de tensiones y significados internos”.³

Los hilos con los que Sloterdijk construye este primer discurso son en su mayor parte de consistencia intangible: aéreos, inmateriales, energéticos, musicales, mediales, preobjetuales o no-objetuales. Y se tejen en una línea de estudio que hace trizas los fundamentos del análisis sustantivista propio del pensamiento dominante.

Esferas I tiene como intención principal poner en un primer plano todas esas categorías poco privilegiadas por la tradición filosófica (por ejemplo, la relación, la conexión, la fluctuación en un dentro-de-algo y en un con-algo, el estar-contenido en un entre) y tratar las llamadas sustancias e individuos nada más que como momentos o polos de una historia de la fluctuación. Y todo esto no al modo de una filosofía del diálogo, tal como se ha hecho popular entre los teólogos, sino con la ayuda de una teoría profana o antropológica del espacio compartido o del campo subjetivo.⁴

1 SLOTERDIJK, P. 2003. Primera edición en alemán, 1998.

2 SLOTERDIJK, P., 2006. Primera edición en alemán, 2004, p. 235.

3 *Idem.*, p. 337.

4 SLOTERDIJK, P. y Hans-Jürgen HEINRICHS, 2003, p. 140.

¿Qué es entonces una “esfera-burbuja” para Sloterdijk? La forma en que puede describirse todo espacio humano, pues el indispensable “estar juntos” de esta particular especie animal produce siempre un interior de resonancias extáticas: “los reunidos, por su coexistencia, conforman ellos mismos espacio [...] a modo de cobijo mutuo y [de] evocación recíproca”. Y este espacio, que se construye por necesidades inmunológicas o de solidaridad tiene, en su estructuración morfológica in-material, necesariamente una figura “redonda”.

La esfera es la redondez con espesor interior, abierta y repartida, que habitan los seres humanos en la medida en que consiguen convertirse en tales. Como habitar significa siempre ya formar esferas, tanto en lo pequeño como en lo grande, los seres humanos son los seres que erigen mundos redondos y cuya mirada se mueve dentro de horizontes. Vivir en esferas significa generar la dimensión que pueda contener seres humanos. Esferas son creaciones espaciales, sistémico-inmunológicamente efectivas, para seres extáticos en los que opera el exterior.⁵

¿Existe en Sloterdijk una fuente de inspiración matricial de esta elaborada reflexión sobre continencia esferológica del mundo? El filósofo alemán reconoce importantes influencias provenientes de diversos autores, pero se detiene en uno en particular, determinante para formar la idea de “un íntimo” morfológico al que identifica como *burbujas*. Ese alguien se llama Gaston Bachelard, de quien ahora nos ocuparemos.

II

Peter Sloterdijk no escatima tono y medida de reconocimiento a Gaston Bachelard, al iniciar justo su primer volumen de *Esferas* con un epígrafe de la *Poética del espacio*⁶ y al señalar en la introducción de ese primer volumen de su obra:

⁵ SLOTERDIJK, P. 2003. Primera edición en alemán, 1998, p. 37.

⁶ El epígrafe dice: “La dificultad que habíamos de superar...consistía en mantenernos lejos de cualquier evidencia geométrica. Dicho de otro modo, debíamos partir de una especie de intimidad de lo redondo.” Tal texto de Bachelard, tomado de su *Poética del espacio*. El capítulo 6 del mismo *Esferas* I, “Compartidores del espacio anímico. Ángeles, gemelos, dobles”, abre con otro epígrafe de *La Poética del espacio* de Bachelard: “Nuestro inconsciente está habitado. Nuestra alma es una vivienda (...). Ahora se ve que las imágenes de la casa se mueven en dos direcciones: están en nosotros igual que nosotros estamos en ellas.” op. cit., p. 375.

Si hubiéramos de evocar un genio para la primera parte de la empresa *Esferas*, sería, ante otros muchos, Gaston Bachelard, que con su fenomenología de la imaginación material, sobre todo con sus estudios sobre el psicoanálisis de los elementos, puso a nuestra disposición un tesoro de intuiciones brillantes a las que es preciso volver siempre [...].⁷

En este punto, a Sloterdijk le faltó agregar lo que en *El sol y la muerte* señalará con suficiente evidencia –como bien lo había prefigurado en el ya mencionado epígrafe–: que la inspiración de su concepción esferológica está más anclada en el *punto de llegada* que en el *punto de partida* de la obra del filósofo francés, a saber, más en su *poética del espacio* que en la “fenomenología de la imaginación material”, por mucho que ésta sea la base desde la que se despliegue la primera. Veamos la trayectoria del pensamiento de Bachelard en esta materia.

La saga de Bachelard referida al “psicoanálisis de los elementos” se inicia en 1938, con la publicación de *Psicoanálisis del fuego*. Sobre este punto de partida nos dice Canguilhem:

En 1938, con la publicación simultánea de *La formación del espíritu científico* y de *Psicoanálisis del fuego*, Bachelard revela la bipolaridad coherente –aunque para algunos harto desconcertante– de su filosofía. Conocemos la continuación, en uno y otro camino, hasta *El materialismo racional* (1953), por un lado, y *La poética de la ensoñación* (1960), por el otro.⁸

⁷ Y a continuación Sloterdijk señala un libro en particular como inspirador de su obra: “En su libro, cargado de ideas, de 1948, *La terre et les rêveries du repos* (La edición en español: *La tierra y las ensoñaciones del reposo*, FCE, México, primera edición en el 2006), el autor reunió materiales múltiples y variados con respecto a los sueños de la intimidad material: con respecto a las casas de nacimiento y a las casas de sueño, con respecto a las grutas, los laberintos, las serpientes, las raíces y, sobre todo, con respecto a aquel complejo-Jonas que coloca, a la vez, a todo ser humano que conoce el aire libre en una relación inconfundible con un interior oscuro lleno de posibilidades. En esta obra hace notar Bachelard que todo ser humano, por el mero hecho de mirar hacia adentro, se convierte en un Jonás, o más exactamente: en profeta y ballena en una misma persona. El gran fenomenólogo del espacio vivido no olvidó aducir la razón de ello. ‘El inconsciente está tan convencido de la redondez armónica del círculo como el geómetra más perito: si se da vía libre a las ensoñaciones de la intimidad..., la mano, soñando, dibujaría el *círculo originario*. Parece, pues, que el mismo inconsciente conociera una esfera parmenídea como símbolo suyo de ser. Esa esfera no posee las bellezas racionales del volumen geométrico, pero sí las grandes seguridades de un viente’.”

⁸ CANGUILHEM, G., 2004.

Con *Psicoanálisis del fuego* Bachelard inicia una serie de estudios que pretenden mostrar cómo es que la *imaginación poética* se nutre primigeniamente de los “cuatro elementos” (el fuego, el aire, el agua o la tierra) para fincar sus territorios específicos en el espacio-tiempo de la historia humana. Se trata en este punto de distinguir la “imaginación formal” de “la imaginación material”, con vías a hacer a un lado la primera y desplegar la segunda para *aportar a la psicología y aportar a la filosofía*. A la primera, eliminando a haciendo a un lado su extrema racionalización (detenida básicamente en los elementos de la “imaginación formal”); a la segunda, dirigiendo los esfuerzos a la realización de un “estudio filosófico de la creación poética”.

[...] somos *llevados*, en la búsqueda imaginaria, por *materias fundamentales*, por elementos imaginarios que tienen leyes de índole ideal tan seguras como las leyes experimentales. Nos tomamos la licencia de recordar aquí algunos librillos recientes en los que hemos estudiado, con el nombre de imaginación material, esta asombrosa necesidad de “penetración” que, más allá de las seducciones de la imaginación de las formas, se propone pensar la materia, soñar la materia, vivir en la materia, o bien –o que viene a ser lo mismo– materializar lo imaginario...⁹

Cuatro años después de su estudio sobre el fuego, Bachelard publica *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*,¹⁰ para pasar, en 1943, a la publicación de *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*. Entre ambos se da un desplazamiento, marcado por el propio título del nuevo libro: “Ensayo sobre la imaginación del movimiento” o sobre “la imaginación dinámica”. ¿Cuál es la razón de que en este punto específico Bachelard incorpore el tema de “imaginación dinámica”? Él mismo lo confiesa:

¿No es de temer una contradicción entre nuestros antiguos trabajos y el presente estudio? Si la ley de las cuatro imaginaciones materiales obliga a la imaginación a fijarse en la materia, la imaginación, ¿no encontrará en ella una razón de fijeza y de monotonía? Entonces sería inútil estudiar la movilidad de las imágenes (...) Pero éste no es el caso, porque ninguno de los cuatro elementos lo imaginamos como cosa inerte, sino, por el contrario, en su dinamismo especial: como cabeza de una serie que arrastra una clase de filiación por las imágenes que la

⁹ BACHELARD, G., 1958. pp. 16-17.

¹⁰ BACHELARD, G., 1978.

ilustran. Para emplear aún la maravillosa expresión de Fondane, un elemento material es el principio de un *don conductor* que presta continuidad a un psiquismo imaginante. En fin, todo elemento que adopta con entusiasmo la imaginación material prepara, para la imaginación dinámica, una sublimación especial, una trascendencia característica.¹¹

Y aún con mayor claridad:

Trataremos de entrar en el pormenor de la psicología del aire, como antes hicimos a propósito de la psicología del fuego y la psicología del agua. Desde el punto de vista de la imaginación material nuestra investigación será breve, porque el aire ofrece una materia muy pobre. Pero, en cambio, con este elemento tendremos grandísima ventaja en cuanto atañe a la imaginación dinámica. En efecto, tratándose del aire, el movimiento supera a la sustancia. Más aún: cabe decir que sólo hay sustancia cuando hay movimiento. El psiquismo aéreo nos permitirá verificar las etapas de la sublimación.¹²

Pero, ¿no habrá aquí un desplazamiento conceptual que no compete tanto, como sugiere Bachelard, a la “sustancia”, o a la consistencia y naturaleza del “elemento”, sino a otro asunto o tema?

Nuestra conclusión es que sí existe esa diferencia, aunque en Bachelard nunca resulta plenamente explicitada. Pero este desplazamiento se dará en definitiva con *La tierra y los ensueños de la voluntad* (1947)¹³ y con *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayo sobre las imágenes de la intimidad* (1948).¹⁴ Con la evidencia primaria del propio subtítulo de este segundo libro (“*Ensayo sobre las imágenes de la intimidad*”). Para decirlo rápido: Bachelard abandona de hecho aquí el terreno de “los elementos” para ubicarse plenamente en el del “espacio”, muy específicamente en el “espacio de la intimidad”. No de otra manera podría entenderse que aparezcan los siguientes capítulos, ajenos en un sentido estricto a “la materia tierra”: “El complejo de Jonás”, “El laberinto” y “La serpiente”.

¹¹ BACHELARD, G., *op. cit.*, p. 17.

¹² *Idem.*, p. 18.

¹³ BACHELARD, G., 1994.

¹⁴ BACHELARD, G., 2006.

III

En 1957 Bachelard publica su *Poética del espacio*¹⁵, once años después de su anterior opúsculo sobre la tierra. Y entonces plantea:

Se nos preguntará tal vez por qué, modificando nuestro punto de vista anterior, buscamos ahora una determinación *fenomenológica* de las imágenes. En nuestros trabajos anteriores sobre la imaginación, en efecto, estimamos preferible situarnos lo más objetivamente posible ante las imágenes de los cuatro elementos de la materia, de los cuatro principios de las cosmogonías intuitivas. Fieles a nuestros hábitos de filósofo de las ciencias, habíamos tratado de considerar las imágenes fuera de toda tentativa de interpretación personal. Poco a poco, dicho método, que tiene a su favor la prudencia científica, me ha parecido insuficiente para fundar una metafísica de la imaginación. La actitud “prudente”, ¿no es acaso por sí sola la negación de obedecer a la dinámica inmediata de la imagen? Por otra parte hemos comprobado cuán difícil resulta despegarse de esta “prudencia”. Decir que se abandonan los hábitos intelectuales es una declaración fácil, ¿pero cómo cumplirla? Hay aquí, para un racionalista, un pequeño drama cotidiano, una especie de desdoblamiento del pensamiento que, por parcial que sea su objeto –una simple imagen– no deja de tener una gran resonancia psíquica. Pero este pequeño drama de cultura, este drama al simple nivel de una imagen nueva, contiene la paradoja de una fenomenología de la imaginación: ¿Cómo una imagen, a veces muy singular, puede aparecer como una concentración de todo el psiquismo? ¿Cómo, también, ese acontecimiento singular y efímero que es la aparición de una imagen poética singular, puede ejercer acción –sin preparación alguna– sobre otras almas, en otros corazones, y eso, pese a todas las barreras del sentido común, a todos los prudentes pensamientos, complacidos en su inmovilidad? [...] Nos ha parecido entonces que esta transubjetividad de la imagen no podía ser comprendida, en su esencia, únicamente por los hábitos de las referencias objetivas. Sólo la fenomenología –es decir la consideración del *surgir de la imagen* en una conciencia individual– puede ayudarnos a restituir la subjetividad de las imágenes y a medir la amplitud, la fuerza, el sentido de la transubjetividad de la imagen.¹⁶

15 BACHELARD, G., 1965.

16 *Idem.*, pp. 9-10.

Significativa “confesión”: Bachelard habla de una “corrección” de su método, “insuficiente para fundar una metafísica de la imaginación”. ¿Qué es lo que aquí cambia de manera más o menos radical? Para fundar una “metafísica de la imaginación” hace falta trabajar “la imagen” desde el sujeto individual; es decir, desde la percepción propia de la imagen poética. Hay que revisar la imagen desde la subjetividad y la transubjetividad de la imagen, y no “desde sus elementos”. Pero esta nueva manera de plantear las cosas tiene un solo camino: el que conduce a trabajar en una “fenomenología del alma”:

Para iluminar filosóficamente el problema de la imagen poética es preciso llegar a una fenomenología de la imaginación. Entendemos por esto un estudio del fenómeno de la imagen poética cuando la imagen surge en la conciencia como un producto directo del corazón, del alma, del ser del hombre captado en su actualidad.¹⁷

Y esta fenomenología de la imaginación sólo lleva a un puerto firme y seguro: el de los *espacios de relación* y los *espacios de representación*. En otras palabras: Bachelard ha abandonado aquí el proceso induktivo del pensar *desde* los elementos (proceso que, como hemos visto, ya había empezado a abandonar desde el libro sobre “la tierra y las ensorronaciones del reposo”). Ahora, con *La poética del espacio*, el corte es radical. Y es entonces, no por casualidad, que Bachelard descubre a plenitud la redondez del ser, la redondez del alma. La historia de este alumbramiento es descrita por Sloterdijk con su lucidez característica:

Para explicar cómo llegué a acceder a mi comprensión de lo formal, tengo que plantear esto desde otro punto de vista. Las ideas de Spengler en torno a una morfología de la historia universal no desempeñan a este respecto tanta importancia como las del programa de Bachelard de una *poética del espacio*. Su libro homónimo, una obra inagotablemente rica, sobremanera atractiva, muy inteligente e ingenua a la vez, contiene un breve capítulo que lleva el título de “la fenomenología de lo redondo”: en él he encontrado dos tesis, muy fecundas como posibles orientaciones. De ellas la primera rezaría así: “el mundo es redondo alrededor de la existencia redonda”; de aquí partiría toda la microesferología que se halla en *Esferas I*; y junto a ella interviene una segunda tesis, a saber: “La esfera de la geometría es una esfera vacía, esencialmente vacía.

¹⁷ *Idem.*, p. 9.

Ésta no nos puede servir como un buen símbolo para nuestros estudios fenomenológicos en torno a la redondez total [...].¹⁸

Y un poco más adelante, Sloterdijk señala:

La esfera que yo presento en escena como la auténtica heroína de la historia de la filosofía más antigua no es sino la garantía de una experiencia de forma bien hecha. En cierto momento Gaston Bachelard dice: “En su núcleo íntimo toda existencia está bien constituida”. Una declaración que resulta harto significativa si se compara a su vez con una segunda frase del mismo autor: “El mundo es redondo en torno a una existencia redonda”. Una fórmula sorprendente si se tiene en cuenta la extrañeza que percibe aquí el hombre contemporáneo. Bachelard reclama una eutonía, una inmunidad, un bienestar esencial para todo lo redondo, como si esto fuera por sí mismo un evangelio morfológico. En mi caso, dato los comienzos de esta alegre buena nueva en las especulaciones realizadas por los griegos en torno a la esfera y el círculo, elucubraciones que se originaron, igual que la filosofía, hace dos mil quinientos años.¹⁹

A manera de colofón

El recorrido que hemos realizado ha permitido corroborar el vínculo entre el pensamiento de Bachelard y la construcción morfológica de Sloterdijk que lleva a *las esferas*. Pero nos queda la duda de si el primero es en realidad el gran inspirador de la arquitectura esferológica del segundo, tal y como el filósofo alemán pretendió dejar sentado en sus propios reconocimientos. Y la duda llega por el hecho de que el planteamiento de Bachelard sobre “lo redondo” es, en *La poética del espacio*, apenas un apunte que, por desgracia, el teórico francés no tuvo oportunidad de desplegar.

¿No tendrá la construcción esferológica de Sloterdijk más elementos de relación con el pensamiento de Heidegger expresado en *Ser y Tiempo*? Nuestra respuesta en este punto específico es afirmativa, y las razones de tal aseveración serán tratadas por nosotros en un ensayo posterior. Por lo pronto creemos que vale la pena dejar indicada aquí la referida

¹⁸ SLOTERDIJK, P. y Hans-Jürgen HEINRICHS, 2003, p. 197-198.

¹⁹ *Idem.*, p. 178.

hipótesis, para tratar de marcar una pauta precisa de análisis y discusión.▲

Bibliografía

- BACHELARD, Gaston. *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*, Primera edición en español. FCE. México, 1978.
- BACHELARD, Gaston. *El aire y sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*. FCE. México, 1958.
- BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. trad. de Erenestina de Champourcin, primera edición en español. FCE, Breviarios, 183. México, 1965.
- BACHELARD, Gaston. *La tierra y las ensueñaciones del reposo*, trad. de Rafael Segovia, FCE, Breviarios, 551. México, 2006.
- BACHELARD, Gaston. *La tierra y los ensueños de la voluntad*. FCE. Breviarios, 525, México, 1994.
- CANGUILHEM, Georges. “Presentación” a *Estudios, Gaston Bachelard*. Amorrortu. Argentina, 2004.
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas I*. Siruela, España, 2003. Primera edición en alemán: Suhrkamp Verlag. Frankfurt am Main, 1998.
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas III*. Siruela. España, 2006. Primera edición en alemán: Suhrkamp Verlag. Frankfurt am Main, 2004.
- SLOTERDIJK, Peter y Hans-Jürgen HEINRICHS, *El Sol y la muerte*. Siruela, Biblioteca de Ensayo. España, 2003.